

LATINOAMÉRICA: EL COSTE DE LA FRAGMENTACIÓN POLÍTICA

“Si quieres avanzar rápido, debes viajar solo; pero, si quieres llegar lejos, debes ir acompañado”.

Proverbio africano

CUANDO EL SISTEMA ESTÁ EN JUEGO: VENEZUELA

Muchos países de América Latina se vuelven a enfrentar al dilema entre el populismo revolucionario en su vertiente más alejada del mundo libre y la democracia liberal. Esta encrucijada ha estado presente en los doscientos años transcurridos desde la emancipación de las repúblicas latinoamericanas. Pero no es menos cierto que la última década nos ha demostrado que en la región, al margen de los populismos auspiciados por el proyecto expansionista chavista, ha surgido una izquierda sensata, a la que algunos bautizaron como “vegetariana” y que suscribe los valores occidentales, la democracia y el respeto por los derechos fundamentales y la libertad.

Además, la experiencia de las últimas elecciones presidenciales de Chile, Colombia y México pone de manifiesto que existe también un centro-derecha maduro y alejado de todos los estigmas del pasado, que se erige en alternativa ganadora merced a un liderazgo claro y a la capacidad de reu-

Guillermo Hirschfeld es coordinador de programas para Iberoamérica de la Fundación FAES.

nir a todo lo que está a la derecha de la izquierda con un programa que se apoya en principios, ideas y convicciones.

En todos los casos, los recientes procesos electorales celebrados en la región nos han demostrado empíricamente, una vez más, que la falta de capacidad para reunir en un mismo espacio político a sectores que comparten una mayoría de postulados supone el principal obstáculo para que los proyectos políticos triunfen. Por el contrario, cuando se han logrado articular proyectos en torno a un liderazgo claro, a partidos políticos sólidos y a programas consistentes se han alcanzado victorias.

Evidentemente, la unión para el triunfo electoral deberá hacerse a partir de unos mínimos denominadores comunes que varíen dependiendo de las circunstancias del sistema político de la nación y la situación institucional del país en cuestión. No será igual la “fórmula” cuando lo que esté en jaque sea el propio modelo de nación de ciudadanos libres e iguales que allí donde las fuerzas políticas y la sociedad civil acepten unas reglas de juego básicas de normal desenvolvimiento democrático, los derechos se hayan garantizado y las diferencias entre los programas de los partidos sean casi imperceptibles. Lo que está claro es que para vencer tanto en uno como en otro caso, es muy importante sumar, concentrar y evitar la dispersión entre varios candidatos del mismo arco político. Esto cobra una dimensión mayor en regímenes presidencialistas de elección a dos vueltas, en los que en la segunda de las cuales hay que alcanzar una mayoría absoluta o cualificada. Quizá en otra forma de gobierno –por ejemplo, la parlamentaria, donde el jefe de gobierno lo designa el legislativo– y en un sistema electoral proporcional, la dispersión del voto no represente un problema de la misma magnitud, pues las coaliciones (acuerdos de gobierno) podrían ser decisivas después de los comicios para hacer posible la elección como jefe de gobierno del cabeza de la lista más votada (o no). Pero siempre la concentración favorecerá el triunfo.

Como su propio nombre indica (etimológicamente), un partido es sólo una parte de un todo y no puede ni debe aspirar a abarcarlo todo. Sin embargo, esto no es óbice para que el partido, rigiéndose por unos principios claros, busque el apoyo del mayor número posible de ciudadanos para con-

seguir una mayoría que le permita superar el escollo de la primera vuelta y en una segunda instancia ganar definitivamente el balotaje. Para la consecución de estos objetivos, ha quedado demostrado que la división, que obedece exclusivamente a las aspiraciones personales de unos dirigentes que anteponen su proyecto personal a la construcción de alternativas ganadoras, conduce ineludiblemente al fracaso.

Cuando lo que está en juego es el propio sistema democrático, porque el proyecto que aspira a alzarse con el poder o a perpetuarse en él es de tinte totalitario, el frente opositor debe unirse más allá de derechas e izquierdas, anteponiendo los valores de la democracia representativa a cualquier otra consideración. Después de la victoria y contenida la amenaza antidemocrática, ya habrá tiempo para rearmar el sistema político y reinstaurar las sanas reglas de juego democrático.

Es fundamental hacer efectiva y operativa esta propuesta a través de la política, la voluntad y la decisión de todos aquellos que forman parte de un amplio arco ideológico. Ante la disyuntiva “civilización o barbarie” es necesaria la unión de los afines.

Tras haber conocido la miseria, la opresión y las muertes que produjo el socialismo real del siglo XX, la deriva totalitaria que han cobrado los gobiernos alineados en torno a la autodenominada doctrina del “socialismo del siglo XXI” hace imprescindible hoy más que nunca la unión de los demócratas. Surge entonces la obligación moral de agruparse para potenciar la fuerza y derrotar por vías democráticas al populismo neocomunista que encarna este proyecto expansionista.

La actuación política en un mundo cada vez más globalizado aconseja integrar a los partidos en organizaciones de partidos internacionales, coordinar esfuerzos para la consecución de objetivos comunes y dotar de referentes ideológicos a los partidos e instituciones afines.

Es crucial para la pervivencia de la libertad en la región y el anclaje de ésta en Occidente tejer una red de personas, instituciones y partidos políticos que, comprometidos con ideas comunes, trabajen coordinadamente.

Una red que, uniendo a los afines, transmita las ideas de libertad, de democracia, de respeto al Estado de derecho y la necesidad de fortalecimiento institucional para la prosperidad y el éxito de las naciones. Una red que agrupase también aquellos disidentes de regímenes totalitarios –el caso de la dictadura cubana es paradigmático– que se ven impedidos a presentar una alternativa política para participar en elecciones democráticas reales.

Por todo ello, y por lo que nos ha enseñado la historia, hoy más que nunca se debe tomar conciencia de que para enfrentarse con éxito a los que pretenden destruir los valores de la democracia y de la libertad mediante la instauración de un sistema totalitario, la única respuesta que cabe es la unión de todos los demócratas. Una empresa hartamente difícil que exige entrega, grandeza, generosidad, sentido de la responsabilidad histórica y amplitud de miras.

En este sentido, las ideas deben convertirse en “banderín de enganche” y en referente para aquellos que comparten valores. Porque las ideas de libertad, de democracia representativa, de respeto a la dignidad humana y a la igualdad ante la ley necesitan de personas que trabajen unidas y de un esfuerzo mancomunado para que estas buenas ideas triunfen sobre las fórmulas caducas que sólo conducen al fracaso.

La creación y el desarrollo de una red de redes eficiente y coordinada es un trabajo complicado que exige realizar concesiones recíprocas y, a veces, difíciles. Quizás haya que dejar de lado, por el momento, discusiones y debates sobre cuestiones secundarias, porque lo que está en juego son las bases mismas del sistema, en definitiva, la arquitectura institucional de la democracia liberal en su conjunto.

Si miramos al otro lado, es asombroso ver cómo los enemigos de la libertad no desperdician ninguna ocasión de unirse, trabajar coordinadamente y atraer a nuevos compañeros de ruta del más variopinto pelaje para transitar de la mano el mismo camino. Los populistas revolucionarios de América Latina, en sus vertientes indigenistas, militaristas y neostatistas, los fascistas y exgolpistas, los castristas y guevaristas, los antisistema mercado-fóbicos, el islamismo radical y el progresismo a la violeta que mira

con nostalgia el derribo del muro de la vergüenza, no escatiman ningún esfuerzo para aliarse y hacer frente a sus enemigos comunes: Occidente y la democracia liberal. En realidad no comparten valores ni principios, sólo les une su aversión a Occidente

Venezuela puede proporcionarnos un buen ejemplo de esto. En la Venezuela gobernada por Hugo Chávez y en virtud del ordenamiento legal que rige el sistema electoral por circunscripciones, promulgado bajo el mandato del populista, los distritos electorales donde el chavismo tiene más adeptos cuentan con una representación mayor que aquellos en que los opositores al régimen son más fuertes. De esta manera, bajo este “paraguas” normativo, se llegó a la elección de representantes para la asamblea legislativa en 2010. Los comicios tenían lugar bajo un sistema donde convivían unos votos que eran más “baratos” que otros. Se trataba de una estrategia que ponía de manifiesto una vez más las manipulaciones que desde el Gobierno venía empleando el régimen con el objetivo de obtener mayor poder utilizando los mecanismos que le brindaba la democracia, pero de forma artera.

En la conformación de circunscripciones el régimen buscó aislar y concentrar al votante históricamente opositor al Gobierno encorsetándolo en circuitos muy densos de población con un mínimo de representación. Por otro lado o como complemento de este ardid, también empleó el método de trazar un mapa uniendo superficies pobladas de electores desafectos al régimen con áreas donde el chavismo en el pasado había demostrado ser muy potente, con el objetivo de ver diluido el voto no oficialista en la montaña de votos chavistas. En definitiva, bajo este retorcido y complejo modelo, aun obteniendo más votos se podían obtener menos escaños. De hecho, hay localidades como Zulia en las que se necesitan cientos de miles de votos para obtener un solo legislador, mientras que en otras sólo son necesarios veinte mil. Es lo que en la jerga electoral se denomina *Gerrymandering*: diseñar a medida circuitos que de forma arbitraria pretenden favorecer a una fuerza política.

Todos eran conscientes de la trampa. Pero esta vez la nación contaba con una oposición decidida a no repetir el error de cuatro años atrás cuando al no participar en las elecciones a la Asamblea Nacional, argu-

mentando la falta de garantías en el proceso electoral, le allanó el camino a Chávez. Y consciente también de que fue esa desafortunada decisión y las sucesivas atomizaciones las que permitieron al régimen chavista controlar casi todas las instituciones del Estado. Ese control total fue el que le facilitó entre otras cosas desplegar la ingeniería electoral necesaria para favorecer sus candidaturas y perjudicar las de sus adversarios políticos.

Sin embargo, en las elecciones parlamentarias de 2010 el régimen se topó con una oposición unida, madura e inquebrantable, dispuesta a jugar el partido pese a las adversidades. En este escenario, el número “mágico” para Chávez eran 110 escaños. Con esa cantidad de bancadas obtendría una mayoría cualificada de más de dos tercios de la Asamblea. Un porcentaje que le otorgaría patente de curso para llevar adelante todas las medidas que quisiera. En cambio, los escenarios de victoria para la oposición eran los siguientes: obtener 55 escaños o más, lo que les brindaría el poder para contener los avances chavistas –por ejemplo, leyes tan importantes como la de reelección del presidente–, o 77 escaños o más, lo que les daría capacidad según el orden legal vigente para impedir que Chávez gobernase por decreto.

Hubo que esperar ocho horas desde el cierre de los colegios para que los burócratas del Consejo Nacional Electoral decidieran hacer públicos los datos del escrutinio –habían dicho que en dos horas tendrían todo cerrado, mientras que el presidente Hugo Chávez había llegado a afirmar que el país contaba con el mejor sistema de recuento de votos del mundo–.

Así las cosas, aunque la funcionaria del Consejo Nacional Electoral, órgano a todas luces adicto al régimen, arrojaba una multitud de datos exhaustivos que reflejaban los resultados localidad por localidad, no se animaba a decir lo que a todo el mundo le importaba: la alianza opositora venezolana, Mesa de la Unidad Democrática (MUD), conseguía el 52% de los votos ganándole al chavismo, que solo obtenía el 48%. Pero, obteniendo el 52% de los votos, conseguía menos diputados que los chavistas. Los demócratas triunfaban sobre el socialismo del siglo XXI, mas no sobre los tramposos del siglo XXI, que se llevaban mayor cantidad de escaños.

De esta manera, al Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) le bastarían 95 diputados para aprobar leyes ordinarias que requieren mayoría simple, pero no para legislar sobre leyes orgánicas, en las que le son necesarios 110 votos. Además la oposición ha regresado a la Asamblea nacional. La suma de los votos obtenidos por el PSUV más el Partido Comunista, las fuerzas políticas chavistas, no le alcanzó a Chávez para arañar la tan ansiada cifra de 110 representantes, los 2/3 de la Asamblea, y tampoco para alcanzar los 99 escaños, las 3/5 partes –cantidad necesaria con la que podría sancionar una nueva Ley Habilitante que otorgara nuevos poderes legislativos al presidente–. La coalición gobernante PSUV-PCV se quedó en 98 escaños, la Mesa de la Unidad Democrática 65 y Patria para Todos (PPT), fuerza escindida del chavismo, 2.

No obstante, haciendo caso omiso de la voluntad popular, los miembros de la Asamblea que terminaban sus mandatos, antes de que asumieran el cargo los legisladores electos, dictaron una Ley Habilitante para que el presidente pudiera dictar medidas en materia económica y financiera, saltándose así los obstáculos que le acarrearía al legislativo no contar con la mayoría.

A pesar de ello, la oposición logró los números mágicos y le pegó una estocada al régimen y parece haber encontrado en la unidad una vía para enfrentarse al chavismo con éxito a pesar de los obstáculos. Los opositores, con inteligencia, esta vez han comprendido que la unión es la única fórmula para que la sociedad los contemple como alternativa viable. El descalabro económico –la peor economía de Latinoamérica, con desabastecimiento de alimentos y una inflación escandalosa cercana al 30%–, la inseguridad galopante y la oposición reforzada pueden ser un cóctel venenoso para Hugo Chávez de cara a las elecciones presidenciales de 2012. Pero para ello las fuerzas de la oposición tienen que seguir en la senda de la unidad, y ya habrá tiempo y procesos para definir candidaturas. Ahora hay una tarea por delante: elaborar un programa de regeneración institucional. Todo indica que los venezolanos ya saben que cuentan con una alternativa democrática y eso es muy importante. Es una lucha como la de David contra Goliat, una pugna desigual en la que el David democrático debe vencer al Goliat populista sin parecerse a él y empleando la unidad como honda.

UNIR TODO LO QUE ESTÁ A LA DERECHA DE LA IZQUIERDA: PERÚ Y CHILE, FRACASO Y ÉXITO

Para alcanzar la unión de los afines y para vencer en el seno de una democracia consolidada los desafíos son otros. Cuando no hay una amenaza totalitaria real, la unión, aunque sigue siendo deseable, debe obedecer a otras variables. En el caso concreto del centro-derecha, es fundamental que los partidos liberales, conservadores, democristianos, colaboren entre sí para potenciar los valores que comparten. Deben trabajar sobre la base de lo mucho que los une y no de lo que los separa. Entre esos consensos básicos, estos puntos de partida comunes, se encuentran por ejemplo la libertad como motor del progreso, la pertenencia al Occidente, las raíces cristianas de América, el combate de la pobreza mediante la economía de mercado y la voluntad de derrocar al populismo democráticamente. Perú y Chile constituyen ejemplos muy claros de fracaso y de éxito político derivado de la capacidad de acuerdo en el centro-derecha que no conviene olvidar.

En la primera vuelta de las elecciones presidenciales peruanas celebradas el mes de abril de 2011 la victoria fue para el candidato de “Gana Perú”, Ollanta Humala. Sin embargo, el porcentaje de votos obtenido no le bastó para convertirse en el presidente del Perú en esta instancia. El candidato nacionalista tuvo que disputar una segunda vuelta contra Keiko Fujimori de “Fuerza 2011”, hija del expresidente que gobernó el Perú en los años noventa. Lo que muchos analistas veían como el peor de los escenarios acabó sucediendo: se enfrentaron en el balotaje un candidato con un pasado que lo acercaba al socialismo del siglo XXI y la hija de Alberto Fujimori, expresidente que gobernó el país andino en los noventa y que es recordado en el mundo por los escándalos de corrupción, el “autogolpe” y la falta de respeto a las instituciones. ¿Qué había sucedido?

Un proverbio africano cuenta que viajando solos quizá se pueda llegar más rápido al destino, pero que solamente juntos se llega lejos. Y en política esto suele ser así, pues la atomización de aquellos proyectos políticos que comparten ya no sólo un mismo sector del electorado, sino también principios, conduce inevitablemente al fracaso de estas iniciativas.

Los principios compartidos –como el apoyo a la democracia, la economía de mercado, la aspiración de triunfo de la sociedad abierta sobre el populismo, la seguridad jurídica, las reglas de juego claras, el pluralismo, los servicios básicos del Estado, el imperio de la ley, la división de poderes, el Estado de derecho...– tendrían que bastar para la unión de todo lo que está a la derecha de la izquierda y fuera del populismo; son principios que no pueden ser arrastrados por una fragmentación que obedece a meros proyectos personales.

Si la unión de los afines ha sido una experiencia exitosa tanto para el centro-izquierda como para el centro-derecha en diferentes países iberoamericanos (el Partido Popular en España, liderado por José María Aznar, que consiguió alzarse con la victoria en el año 1996; la Concertación chilena, la alianza UDI-RN liderada por Sebastián Piñera en 2010), lo sucedido en la primera vuelta de las elecciones celebradas en el Perú corrobora que la dispersión condena inexorablemente a la derrota. Es evidente que para esta unión hace falta una mirada de cualidades en los líderes que comandan los proyectos: generosidad, sentido de Estado, responsabilidad histórica, altura de miras y, sobre todo, entender que se deben privilegiar las concesiones recíprocas por encima de las ambiciones personales como factor decisivo para la construcción de un proyecto político ganador.

Así las cosas, llegaron a la segunda vuelta del Perú, Ollanta Humala y Keiko Fujimori, mientras que los otros tres candidatos del arco de centro y centro-derecha, Pedro Pablo Kuczynski, Alejandro Toledo, y Luis Castañeda, obtuvieron –por separado– más del 45 por ciento de los votos. Lo que demuestra que, de haberse puesto de acuerdo y yendo con una única candidatura, ese espacio hoy estaría en el Palacio de Gobierno.

Todos afirmaban querer lo mismo, lo mejor para el destino del Perú; pero en realidad, esto me recuerda, salvando las distancias (cronológicas, territoriales y otras que puedan existir), a cuando Carlos V decía que Francisco I y él estaban de acuerdo: los dos querían Milán. Aquí también había un acuerdo, los tres candidatos querían lo mismo: ser presidente del Perú.

Durante el proceso electoral se dedicaron a fustigarse entre sí, sin darse cuenta del crecimiento de sus otros dos contendientes. Enfrascados en esta

lucha fratricida del centro-derecha, no se percataron de que todos iban perdiendo peso en las encuestas. Por otro lado, este proceso se vio agravado por el colapso de un sistema de partidos sólido. El único partido articulado, el APRA, liderado por el entonces presidente García, ni siquiera presentó un candidato propio para concurrir a las elecciones.

El caso de la fragmentación como obstáculo al triunfo en el Perú es paradigmático. Lamentablemente no es la primera vez que ocurre este fenómeno. En la elección presidencial de 2006 llegaron a la segunda vuelta Ollanta Humala y Alan García, porque Lourdes Flores, la candidata del centro-derecha, no logró pasar a segunda vuelta. Le faltó un puñado de votos, que precisamente le “sobraron” a representantes del mismo arco político que participaban en la elección sin ninguna oportunidad.

Afortunadamente, Alan García obtuvo el triunfo definitivo y, sorprendiendo a muchos, si no a todos, al alejarse del García de los 80 –aquel que llevó al Perú a un desastre económico con un escenario de hiperinflación y desabastecimiento descontrolado– y al abrazar los principios del libre mercado, siguió la senda del crecimiento celebrando tratados de libre comercio y manteniendo la ortodoxia macroeconómica.

Las lecciones del Perú sirven para otros países del continente que están viviendo la antesala de procesos electorales. Los actores políticos que comparten el mismo marco programático deberían observar atentamente lo que ha sucedido en el Perú, porque allí hay un espejo mostrándoles la cara de su futuro. La inexistencia de un sistema de partidos consistente en la región y la miopía, cuando no mezquindad, de los actores políticos generan todas las condiciones para que estas torpezas se repitan en otros países. He aquí la importancia de contar con un sólido sistema de partidos políticos, líderes con visión y un programa claro para la sociedad.

Y en lo que respecta al Perú, ahora toca cruzar los dedos e implorar para que se dé otra conversión, la del candidato vencedor Ollanta Humala. En su necesaria metamorfosis quizá está el futuro del Perú. En definitiva, que como dijo Cánovas del Castillo, se haga presente el arte de lo posible en política y en esa conversión esté la clave para el desarrollo de sus políticas.

Si el Perú constituye un ejemplo de lo que sucede cuando se anteponen los intereses personales a los intereses comunes en un proyecto político, Chile es un ejemplo de cómo la unidad coherente y la integración suelen dar buenos resultados. El domingo 17 de enero de 2010 los chilenos votaron y concedieron la victoria a la Coalición por el Cambio, la alianza de centro-derecha conformada por los partidos Renovación Nacional y la Unión Demócrata Independiente, liderada por Sebastián Piñera. Así, después de veinte años de gobiernos de la Concertación, se impuso la derecha.

La Concertación de Partidos por la Democracia, más conocida como la Concertación, fue la coalición política de partidos de centro e izquierda moderada que gobernó Chile desde marzo de 1990. Los presidentes que fruto de esa alianza gobernaron el país fueron cuatro: Patricio Aylwin Azócar (1990-1994), Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2011). La Concertación, en su momento, reunió a todo el arco opositor a la dictadura de Augusto Pinochet, logrando triunfar en el plebiscito nacional del 5 de octubre de 1988. Desde su nacimiento, como Concertación de Partidos por el No, había logrado triunfar en todas las elecciones desde 1989 hasta el año 2010, cuando por primera vez se presentó dividida.

La Concertación se unió en función de unos objetivos comunes. Uno de los objetivos de este espacio político había sido restablecer la normalidad democrática, y lo consiguió. En ese camino también obtuvo muchos logros importantes. Entre ellos, el de recuperar una saludable convivencia cívica dentro de la sociedad chilena llevando adelante políticas de Estado donde primaban los acuerdos y consensos en un sano debate político. Sin embargo, uno de los elementos que le dan sentido a la democracia estaba ausente en la base de esa consistente arquitectura institucional. Ese elemento era la alternancia en el poder. La variable había estado ausente en los veinte años que siguieron a la dictadura. Parecía que la derecha estaba condenada a permanecer en la oposición.

Sin embargo, llegó al poder Sebastián Piñera, un exitoso empresario que en 1988 votó por el No a la continuidad del dictador Pinochet. Durante la

campana electoral y los años de construcción política, Sebastián Piñera y sus equipos demostraron tener un proyecto con capacidad para reunir con la máxima amplitud a Renovación Nacional y a la Unión Demócrata Independiente (los partidos políticos que estaban a la derecha de la izquierda).

Pero del otro lado de la acera hay un dato que no se debe omitir y que refuerza la tesis acerca de que la fragmentación conduce al fracaso. Michelle Bachelet se retiró del Palacio de la Moneda con una altísima popularidad, cerca del 80% de imagen positiva. Al igual que su antecesor, el expresidente Ricardo Lagos, dejó el Gobierno con una mejor imagen de la que tenía cuando accedió al poder. Pero en esta ocasión, tres de los cuatro candidatos provenían del riñón de la Concertación –Eduardo Frei, Marco Enríquez-Ominami y Jorge Arrate–, sin contar a Adolfo Zaldívar, exmiembro de la democracia cristiana que no presentó candidatura a presidente pero sí a diputados y senadores. Quizás esa división de la Concertación también contribuyó al triunfo de su adversario.

¿CÓMO INCENTIVAR LA UNIÓN A LOS AFINES?

Las experiencias detalladas en este breve artículo nos permiten concluir que ha llegado la hora de redoblar esfuerzos para que, mutatis mutandis, se puedan nuclear, siguiendo un modelo similar al que se desarrolló con el Partido Popular Europeo, a las formaciones políticas liberales, conservadoras y democristianas de la región en un sólido arnés institucional de contención. Las piezas claves de este engranaje podrían constituir las los proyectos políticos que están al frente de las Administraciones de México; Colombia y Chile.

En resumen, se trata de diseñar una organización efectiva, aprovechando las que ya existen, que sirva para potenciar los lazos de cooperación y los valores que une a estos proyectos: las raíces occidentales de América Latina, la democracia, la libertad individual y la voluntad de que sociedades libres y abiertas venzan al populismo. Es muy importante resaltar el carácter integrador de las iniciativas internacionales. El papel de las organizaciones de centro-derecha de Occidente debe ser clave, pues puede generar mecanismos de cooperación que faciliten la unión de su fa-

milia política latinoamericana. La acción internacional debe circunscribirse a la suma de esfuerzos, adquiriendo el compromiso de no duplicar lo que ya se está haciendo. Es decir, generar un sistema de colaboración que premie aquellos proyectos que demuestran vocación integradora.

Ante la desintegración de los partidos políticos tradicionales en algunos países (Venezuela, Colombia, Ecuador, Argentina, Bolivia, entre otros), las organizaciones internacionales de América Latina que reúnen a partidos de este abanico político –ODCA (democrisiana), UPLA (conservadora), y RELIAL (liberal)– deberán demostrar, por un lado, vigor a la hora de unirse a los afines y, por otro, fortaleza para generar ideas que sirvan para que sus miembros articulen un discurso político ganador.

Cada vez que un espacio político se fragmenta y los pedazos resultantes pierden fuerza resulta imposible construir una alternativa con capacidad de vencer y convencer. Serán muchos los actores que tendrán que trabajar mancomunadamente para el éxito de esta empresa. Por tanto, para convencer y vencer, parafraseando a Ortega digamos: ¡latinoamericanos, a las cosas!

PALABRAS CLAVE

Iberoamérica • Democracia • Elecciones en Iberoamérica • Populismo • Socialismo • Instituciones democráticas • Partidos Políticos • Libertad

RESUMEN

Guillermo Hirschfeld analiza los efectos perniciosos de la fragmentación de los proyectos políticos a la hora de obtener triunfos electorales. Para ello se vale de tres recientes procesos electorales en América Latina: Venezuela, Perú y Chile. La tesis del texto es que sólo mediante la unión de los afines es posible obtener mayorías electorales que permitan contener la amenaza populista y diseñar políticas que generen prosperidad en la región.

ABSTRACT

Guillermo Hirschfeld discusses the harmful effects of the fragmentation of political projects to gain electoral victories. To do this, he draws from three recent electoral processes held in Latin America: Venezuela, Peru and Chile. The thesis of this paper is that only through the union of the akin will it be possible to obtain electoral majorities to contain the populist threat and design policies to generate prosperity in the region.

39

REVISTA HISPANO CUBANA HC

Dossier: El periodismo independiente y la realidad cubana

L. Cino, J. Olivera Castillo, M. Figueredo Aguilar, J. González Febles, R. González Alfonso, N. Hernández González, J. L. García Paneque

Liberalismo, presente y futuro en Cuba

Arturo G. Dorado

Schlieman y la isla de Cuba

Leopoldo Fornés

¿Quién le tiene miedo al lobo? Los escritores cubanos al poder

Armando Valdés

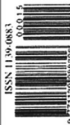
Derechos Humanos, Documentos, Cultura y Arte

Número 39

2011

8

€



Director

Javier Martínez-Corbalán

Consejo editorial

Cristina Álvarez Barthe

Elías Amor

Luis Arranz

María Elena Cruz Varela

Jorge Dávila

Manuel Díaz Martínez

Ángel Esteban del Campo

Alina Fernández

María Victoria Fernández-Ávila

Celia Ferrero Romero

Carlos Franqui

José Luis González Quirós

Mario Guillot

Guillermo Gortázar

Jesús Huerta de Soto

Felipe Lázaro

Jacobo Machover

José María Marco

Begoña Martínez

Julio San Francisco

Eusebio Mujal-León

Fabio Murrieta

José Luis Prieto Benavent

Tania Quintero

Alberto Recarte

Raúl Rivero

Ángel Rodríguez Abad

José Antonio San Gil

José Sanmartín

Pío Serrano

Daniel Silva

Álvaro Vargas Llosa

Alejo Vidal-Quadras

Redacción

Orlando Fondevila

Rocío Martínez

www.revistahc.org

PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:

REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid

Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08